

Vivamos bien
STGO
CULTURA

“Mi memoria de barrio”

Vivamos bien
STGO
CULTURA



www.santiagocultura.cl

 @stgo_cultura  @stgocultura  @stgocultura

Textos del Taller Literario, **dirigido por Mauricio Redolés.**
Organizado por Subdirección Cultura, Municipalidad de Santiago.

A MODO DE PRÓLOGO

He tenido el honor y el desafío de haber sido invitado por la Ilustre Municipalidad de Santiago a dirigir un Taller Literario para vecinos y vecinas y vecines en cuatro sesiones de dos horas cada una, por cuatro jueves consecutivos con el tema de la memoria de los barrios.

Si bien, hacer talleres de literatura es una actividad que me entusiasma sobremanera (y así he llevado a cabo talleres de poesía y/o narrativa en liceos, universidades, cárceles, escuelas de rock, talleres para adultos mayores, dirigentas de ollas comunes, etc, etc, por treinta años), cada taller es un desafío nuevo y particular. Y éste no fue la excepción.

A este taller acudieron un grupo de personas inquietas en sus búsquedas de historias, veraces, con gran sentido de humor, llenas de amor por sus barrios y por los y las habitantes de éstos, de tal modo que me resultó muy agradable juntarnos de seis a ocho de la tarde durante los primeros cuatro jueves del frío junio del año 2022 en el bello Palacio Álamos; de tal modo que no debiera decir yo que dirigí el taller, sino que más bien lo digerí, y que me resultó muy nutritivo.

Les invité a entretenerse con estos textos agudos, llenos de cariño, verdad, de ácido humor y misericordia por los y las

personas que aparecen retratadas en sus miserias y grandezas. Son textos llenos de la elusiva memoria que se despliega ante nuestros ojos junto al acontecer diario que nos hace navegar en el tiempo. No hay una sola memoria para todas y todos. Hay muchas memorias que danzan, juegan, bailan en estos relatos.

En la cuarta y última sesión surgió la pregunta de que por qué la memoria de los hechos "tal como Juan recuerda que ocurrieron", y la memoria de los hechos "tal como María recuerda que ocurrieron" siempre difieren. No todas ni todos recuerdan de la misma manera los hechos que tuvieron que compartir. Y esto da pie también a que la memoria -más involuntariamente que en forma voluntaria- "ficcional" lo que no se recuerda, o bien la fantasía "rellena" los espacios donde la memoria no alcanza. Y esto lleva a otras preguntas tales como que, si la memoria es selectiva, entonces ¿con qué sueños o fantasías "parchamos" el olvido?, ¿Y con qué escudo enfrentamos el dolor de un recuerdo?

Disfruté del ácido humor de Danae Arias en el devenir del matrimonio de don Nico y la señora Ely en la Población San Gerónimo; a veces creía estar relejando páginas de James Joyce con sus "Dublinenses" por el acertado y descarnado relato. Me parece notable como Danae a través de su relato va retratando los cambios sociales y culturales de la sociedad chilena. Aparecen y desaparecen los VHS y los DVD, la drogadicción, primero con

incipientes pitos de la Sharo y años después con Don Nico vendiendo cocaína.

De Lynnda Caques, recuerdo en particular el día que presentó "El barrio de mis sueños" en el taller. De a poco la sala fue quedando en silencio, apenas se oían los vehículos que pasaban por calle Bulnes, mientras Lynnda nos invitaba a recorrer su infancia "sobre la sequedad salina del desierto". Su lectura nos hizo reír con un muchacho llamado Ariel, mezcla de La Sirenita y el detergente líquido. Y finalmente nos emocionó hasta lo más hondo cuando al final del relato, el sonido de las olas le trae un dulce recado de verdad y ternura, de ternura y verdad.

Con Erwin Castillo todos nos rasmillábamos con alambres de púas mientras cruzábamos el canal pisando neumáticos. Nos queda el olor de la sierra ahumada, el grito de "leche de burra" y las rancheras con acordeón y guitarra. En su casa canta el gallo y la madre vende harina tostada. Finalmente guardo la imagen de un solitario niño mirando una nevazón que todo el planeta olvidará, excepto, otro niño.

Luego encontramos la enjundiosa carta de Jearim Contreras a una plaza emblemática del barrio Yungay, la Plaza Brasil, llena de recuerdos que abarcan desde matrimonios a terremotos, desde revueltas populares a pandemias, desde

recuerdos de abuelos diciendo que un verano sin helados de barquillo no eran veranos, a gestación de una nueva Constitución para un deseado nuevo país, tal como un verano y su helado de barquillo para todas, todos, todes.

Un barrio de Buin nos presenta Raúl Espina en el que vive Raúl toda su vida en la calle Manuel Rodríguez, y como en una película van pasando las imágenes de la infancia y los juegos a pie pelado. Raúl vive extasiado por las historietas del viejo oeste, hasta que una mañana de septiembre se instala hasta en el patio de su casa el Golpe de Estado, su padre desaparece junto a un hermano. A él casi lo llevan detenido. Sobreviven con la ayuda de una tía de derecha. Finalmente, su padre y su hermano vuelven sin hablar nada de la tortura ni las dificultades de la prisión. Tiempo después, cuando Raúl tiene 64 años, comienza a llegar el olvido. Lo único que Raúl no olvida, es algo que ya no existe, o sea su casa de infancia aplastada por la realidad que es un supermercado que ubica ese espacio.

El poema Flor de Loto de Camilo Miranda nos muestra la entrada del metro Lo Ovalle en el sur de Santiago, con su correspondiente ciego pidiendo limosna ubicado estratégicamente en el ingreso al bar, donde lo pasan a llevar los sedientos santiaguinos que buscan una cerveza

fría, mientras en el kiosco del frente, la venta de diarios con sus portadas sexistas enfrenta las miradas de demonios japoneses Y simultáneamente crece la infaltable fila de soñadores y soñadoras frente a la venta de boletos del Loto, todas y todos por las lucas volando.

Tuvimos en el taller la presencia de Latinoamérica a través de Silvia Robiola, ciudadana argentina de Rosario, quién trae su poema "Viva, en un barrio" el cual comienza con un pequeño poema a modo de epígrafe de su padre Roberto Robiola. El texto de Silvia nos habla de cómo ha cambiado Santiago con la llegada del que nació en Medellín, de la que volvió del exilio, del que huyó de Venezuela, de las niñas de cuarto y octavo que marchan con su liceo. Silvia recuerda que cuando niña vivió en un barrio distinto, con vecinos de noche en las veredas y fiestas de carnaval. "¡Cambia todo cambia!", Silvia cita al cantor y sincera recuerda que aún guarda fotos viejas de su barrio.

"El duelo" de Ximena Segura comienza en la Clínica Carolina Freire, en Maturana entre San Pablo y Rosas, pleno corazón del Barrio Yungay, donde ella nació. Antiguo edificio que como ella dice se lo tragó la inmobiliaria Paz & Froimovich. Los recuerdos de su vida en el barrio Yungay van tan atrás como hace 94 años, cuando en 1926 a los 14 años llegó a

vivir a Avenida Brasil, entre San Pablo y Rosas su abuela, con un baúl que hoy está en la casa actual de Ximena en la Isla Robinson Crusoe. Ximena nos hace recorrer a través de sus recuerdos el barrio Yungay, de la mano de su abuela, de la mano de su madre y de la mano de Magda, su hija. Como Ximena bien dice, volver al barrio y recorrerlo la transporta no solo a su memoria, sino que también a la memoria de su abuela, de su madre, de sus tíos.

"Hiper al poniente" es el texto de Nicolás Villavicencio, un entretenido y exhaustivo relato del poniente de Santiago, que abarca sus memorias en el Internado Nacional Barros Arana, la Quinta Normal, la Villa Real, en el 7 de Pajaritos, la calle Marta Brunet Nos habla de la entrada al poniente más duro. También hay memorias del Bar y Restaurante "Sin Envidia", que perteneció a su abuelo, por el que un día pasó el Chute Alberto, "el mismo de la cueca" de Roberto y Lalo Parra. Pudahuel, Lo Prado, Cerro Navia en un momento se llamaron Barrancas. Son recuerdos están llenos de vida en donde aparecen los estudiantes del ARCIS de Huérfanos, vendiendo pitos y los gritones ensayos del Gran Circo Teatro de Andrés Pérez, en lo que hoy es Matucana100.

Françoise Wetheimer Fuentes en su poema "Mis barrios de memoria" no solamente no quiere olvido, si no que exige

memoria. Nos habla de los que cayeron en el Barrio Yungay luchando por la democracia y como la memoria del Barrio Yungay "respira entrecortada por los pasadizos de la muerte" donde anduvo agazapada y nos cuenta como muchas lunas atrás vio caer a Jécar Nehgme, Óscar Tapia y Arnaldo Flores, y vio desaparecer a Bautista Von Schouwen y Patricio Munita. Según nos cuenta Françoise también vivió en Avenida Argentina, Valdivia 1986, otro barrio donde se supo de otras muertes en esa larga Avenida que exudaba espíritu arrabalero. Todo para "salvar la esperanza y la sonrisa/a todo evento".

El trabajo de Juan Alberto Águila no lleva título y tiene una bella cita de Eugenio Montale: "Aún a los pobres nos queda nuestra parte de riqueza/Y es el olor de los limones". El texto de Juan Alberto Águila revela todo su oficio. Es un poema que nos lleva a una tarde de lluvia desde un lugar cualquiera, desde un barrio cualquiera. La lluvia es un fluido que cae, un vaso comunicante de vapor y calor. Quién la ve/siente se ve y se siente triste y solo. Es el ensayo y error del líquido cayendo sobre una variedad de superficies.

Finalmente, Mauricio Díaz Tapia nos trae un relato situado en 1981, en que mezcla el terror y el horror cotidiano en el Barrio Yungay y en cualquier barrio del mundo bajo una dictadura. "La cuestión de hecho" del mundo de Kafka. Las

cosas ocurren porque ocurren. No hay explicación, no hay argumentación que la sostenga. Es solo un loco, miembro de la Policía Secreta de Pinochet que, con un revólver, una bella tarde de primavera, amenaza a un par de jóvenes, los hace tirarse al suelo, aparece un tercer personaje, otro joven que, sin dar crédito a sus ojos, ríe ante la escena. El loco también lo tira al suelo con las manos en la nuca, etc. Los invito a leer este intenso relato de Mauricio que termina, -no voy a ser spoiler-, en algo parecido a la cotidianidad del Barrio Yungay. Algo similar a la escena del torturador ayudándole a su hija a hacer las tareas escolares, mientras tortura en el "Brazil" de Terry Gilliam o al Alcaide y torturador de la cárcel "Puente Viejo" (en la serie de Netflix "El Marginal" de Sebastián Ortega), jugando con su nieta. Similar a la reflexión de Hanna Arendt sobre la "banalidad" del mal, en pleno Barrio Yungay.

Mauricio Redolés.



DE SAN GERÓNIMO, DON NICO Y OTROS PERSONAJES **DANNAE ARIAS**



Don Nico llegó a San Gerónimo en los 70. Nacido y criado al frente de la Papelera de Puente Alto, su mamá murió por de un aborto mal hecho con una rama de apio y su papá, por pena, se cayó al litro. A los 17 quedó guacho y meses después nació su primer hijo. Cuando llegó a la que sería su pobla por los siguientes 45 años, ya tenía dos críos y una esposa a la que no entendía. Probablemente sí la quería, pero las demostraciones de afecto no eran su especialidad. De hecho, la señora Ely aún cuenta que una vez le quiso hacer cariño en la espalda, pero él la interrumpió diciéndole que quería ir al baño. Luego de eso nunca más se vieron abrazados en público.

San Gerónimo partió como un peladero lleno de arañas. Tenía casas que el gobierno de turno vendió a precio de huevo, cuando el sueño de la casa propia era más un trámite que un sueño. Su casa era la penúltima de la cuadra, casi llegando a la esquina de La Colonia con Los Conquistadores, ya que, por querer evadir la realidad, dejaba muchos trámites para el último momento, entre ellos la misión de escoger el que sería su nuevo hogar.

Así fue como don Nico vio la vida pasar dentro de las mismas paredes por más de cuatro décadas. Ya en los 2000 sólo quedaban ellos y el matrimonio de la señora Emma; unos

puertomontinos que nunca tuvieron hijos, ni mascotas, ni pintaron la fachada de su casa. El resto eran vecinos que fueron llegando en los años venideros. Harto narco y mucha familia que cayó ahí como última opción. En esa época la pobla ya era mala, pero no tanto como la Nosedal o el Volcán, que separaban la parte buena y la parte mala de Puente Alto al poniente.

Durante largos años don Nico se dedicó a vender zapatos. Era tan honesto que una vez se encontró una billetera botada en Las Achiras y fue directo a los pacos a devolverla. Los vecinos le dijeron que era hueón, pero no lo sintió así hasta que días después le robaron toda la plata de la caja. No podía entender por qué, si había obrado bien toda su vida, su familia se quedaría sin regalos para esa Navidad.

La señora Ely, por su parte, no tenía esa clase de valores inculcados. Su especialidad eran los trucos, las estafas y la plata mal habida. Cuando sus hijos crecieron lo suficiente, montó un videoclub en San Gerónimo, en una época en que el Blockbuster era cuestión de cuicos, o de arribistas que podían viajar al centro por una película. Ella - nada de tonta - aprendió rápido el negocio de la piratería, lo que le trajo muchos años buenos y también un par de allanamientos de la PDI. Hasta el 2008 estuvo con firma mensual, lo que era

un secreto a voces en los blocks de al frente de su casa. Y mientras la señora Ely pasaba años buenos, don Nico se deterioraba física y mentalmente a pesar de dormir en la misma cama. Luego ya ni eso tenían.

El videoclub, como todo en este mundo, pasó a mejor vida. En sus tiempos de apogeo era un centro donde llegaban vecinos de distintas cuadras a cahuinear. Y es que ponerse al día con los rumores del barrio era una actividad social imperativa. Que la Sharo fuma marihuana a escondidas del marido. Que la vecina Ádica está usando pañal. Que el Leo de la casa de la esquina de Las Calas es brujo. Que, a la vecina, esa pelirroja de Las Frambuesas, se le perdió el hijo. Esa casa fue testigo de pelambres y peleas. Conservaba secretos hasta ahora desconocidos de quienes la frecuentaban, y más aún de quienes preferían no acercarse.

Eso hasta que llegaron los DVD a Santiago, y rápidamente la piratería terminó por apagar las luces del local. Ahí don Nico y la señora Ely optaron por lo simple: se dedicaron a vender confites y papitas. Luego ya tenían abarrotes. Pero la señora Ely era la señora Ely, así que, en un acto con su clásico sello, cambiaron por máquinas tragamonedas lo que antes eran repisas con carátulas. Ahí el cahuín y el carrete se intensificó. La gente seguía frecuentándolos por costumbre, ya que no

era ni una ganga ir a comprar ahí. De hecho, no vendían pan, no vendían verduras, eran careros y abrían pasadas las doce del día. Atendían pésimo. Muchas veces era autoservicio la cosa. Cuando la señora Ely cocinaba y por no sacarse sus guantes de látex amarillo, miraba atenta que no le robaran, siempre con el cuchillo carnicero en mano. En las noches llegaban los amigos de don Nico a tomar con él. Se decía que ahí mismo vendían cocaína entre las cero y las tres de la madrugada, pero, así como muchos rumores, nadie nunca lo confirmó ni lo negó.

Don Nico era bien cercano a todo Puente Alto. Intentaba atender bien, dentro de lo que la sobriedad le permitía. Una vez fue a comprar un cabro de la esquina de San Pedro, pero don Nico no estaba. Mientras el gallo afirmaba que sólo Don Nico entendería lo que buscaba, la señora Ely le insistía que ella igual podría venderle. Así que el chico pidió con amabilidad que le diera dos "gorritos pal niño". La señora Ely, aguja con ganarse unas lucas, partió a la pieza de su hija chica a sacarle un par de gorros de lana que nunca había usado. Le dijo al joven que tenía uno en color neutro y otro rosado, y si eso le era problema. Conteniéndose la risa, el gallo le explicó que en realidad buscaba condones.

Pasado el terremoto del 2010 el minimarket Todovideo's

cerró sus puertas para siempre. Meses después se vio una patrulla llegar a esa casa. De adentro salió don Nico con los pantalones abajo y lo metieron adentro. La señora Ely siguió viviendo ahí poco tiempo más, pero ya no vendía nada. Se comentaba que él siempre le había pegado y a la vez que sus hijos no eran de él.

La siguiente noticia de esa casa fue que un día antes de las Fiestas Patrias llegó un camión de 18 metros a llevarse casi 50 años de historia. Salieron las güiñas a preguntar si la vecina tenía muebles para regalar, su clóset o una cómoda tal vez. La señora Ely partió reacia diciendo que se llevaba todo para Coquimbo, que su hija le había comprado una casa y que no quería nada con el hueón de su marido. Horas después terminó regalando cajas con películas, muebles del año de la pera, y uno que otro saco con ropa vieja. Al parecer no le cabían todas las pertenencias en el camión y, antes de comenzar una nueva vida lejos del barrio que la vio madurar, con nostalgia tuvo que dejar las cosas que le traían malos recuerdos.

Don Nico, por su parte, siguió viéndose de forma cada vez más frecuente en las bancas de la plaza de Puente. A veces jugando ajedrez, otras cabizbajo, probablemente pensando en todo lo que había perdido. Siempre ebrio. Por ahí se supo

que vivía en Gabriela, luego que estaba en un hogar de acogida. Una vez le contó a la vecina Nancy que la señora Ely lo había echado injustamente y que luego vendió la casa y no le dio ni uno. Que lo dejó en la calle y más encima le cobraba la pensión alimenticia, que él pagaba sagradamente todos los meses. La señora Nancy, claramente, no logró guardar aquella conversación en secreto.

La última vez que don Nico visitó San Gerónimo fue dentro de su propio ataúd. En vida muchas veces comentó que, como conocía a medio Puente Alto, a su funeral iban a ir hasta los perros de la plaza. Pero no fue así. La carroza fúnebre era seguida por dos autos; en uno iba la señora Ely con la hija que supuestamente le compró la casa en el norte, y en el otro iban sus hermanas que aún viven al frente de la Papelera. Se asomaron a despedirlo la señora Laura, la señora Nancy con su hija Gemma, la señora Mati y un par de viejos chicha que ya estaban en la calle cuando pasó la carroza tocando la bocina. Prácticamente olvidado, ese fue el último paseo de uno de los fundadores de la que fue mi pobla durante toda la vida.

EL BARRIO DE MIS SUEÑOS **LYNDA CAQUES**



Recorro mi infancia construida sobre la sequedad salina del desierto. En las faldas de un cerro arenoso se levanta mi pasaje, mi casa y mis recuerdos. Camino con lentitud pisando las huellas que dejaron las risas, caídas y juegos, pero ya no veo rostros conocidos ni el barrio de mis sueños. La fisura entre las placas liberó la energía necesaria para borrar con un sólo movimiento la memoria histórica de mi vida.

Sólo me queda cerrar los ojos. Me teletransporto. Observo a la señora que vendía mariscos, a la vieja que criaba perros, quien botó un cuadro de Piñera cuando su esposo murió, y al Cara de Paco, el taxista del barrio, conversando sobre realizar el aniversario de la población en la sede vecinal, mientras yo capeo el calor bajo los árboles que plantamos en comunidad, un oasis en medio del peladero, lleno de escombros y tierra infértil.

Ya temperada me subo a la bicicleta, avanzo un pequeño tramo y veo como la tildada maraca del barrio cuelga la ropa en su balcón, me saluda con un gesto amable y yo hago lo mismo. Sigo mi camino, escucho a la tía Titi gritando '¡Francisco, Jordan!', asumo que llama a sus hijos para almorzar, ya es medio día y yo también tengo hambre. Más allá escucho a la Chucha cantar a todo pulmón una canción de Karen Paola, sonrío con vergüenza al recordarme en el baño entonando la

misma melodía, continúo mi trayecto reproduciéndola una y otra vez en mi mente, al mismo tiempo que mi boca suelta desprevenida sutiles tarareos. Pedaleo sin descanso, aunque me ladren perros, se crucen cuculíes o me maúllen gatos, nada perturba mi felicidad al andar en bici.

Más adelante me topo con el Mazoca, un chico corpulento que inspira temor, lo miro de soslayo mientras me alejo pedaleando. Me detengo en el almacén de la señora Walda, entro al lugar y me recibe con una sonrisa, me pregunta cómo me ha ido en el colegio, respondo que bien, que obtuve el primer lugar, me felicita a la vez que elijo llevar un Manqueque, le pido que se lo anote a mi mamá y me despido. A la salida del lugar me encuentro con la bruja Maritza, la saludo con un 'hola' y me voy rápidamente, le temo porque sus acciones no me generan buenas sensaciones, envenena a los gatos y perros callejeros, o al menos eso dicen. El misterio alrededor de ella se acrecentó cuando el Pochi, su hijo, contó que había realizado un ritual con orina para espantar a los duendes de su casa.

Llego al pequeño parque de juegos oxidados, el sube y baja está averiado, el columpio está roto, pero el resbalín se mantiene intacto, subo a él y me tiro, primera y última vez por hoy, el metal está caliente y me quemo el pote. Decido

subir hacia la calle que toca el cerro, sólo hay una larga escalera con peldaños deteriorados que se caen a pedazos con cada pisada para conectar con ella, es una tarea difícil llevar la bicicleta al hombro, pero para mi suerte, pasa mi tío Ernesto y me ayuda. Me invita a almorzar a su casa, mi tía Lela y mis primos nos esperan. Caminamos unos pocos metros y llegamos. Para mi sorpresa, hay más invitados, está el Ariel, un chico lindo que llama más mi atención por su nombre que por su físico, me recuerda a La Sirenita y al detergente líquido; también está la Ale, mi prima cuatro años mayor a la que admiro por el gran ímpetu que demuestra. Comemos completos y comparto con ellos el dulce que fie en el negocio. Prendemos la tele, sintonizamos el canal 13 para ver 'Video loco'. Al finalizar el programa decidimos ir a la plaza del pasaje.

Con mi prima bajamos en bici hasta el lugar, yo voy sentada en el manillar disfrutando del viento pegando en mi cara. Al llegar nos encontramos con otros chicos. Felices jugamos béisbol utilizando un palo lleno de clavos como bate y una pelota de tenis que encontramos tirada. Al tiempo caemos agotados, algunos optan por ir a sus casas, otros como yo nos sentamos a conversar sin percatarnos de que el sol va cayendo bajo el mar.

Años después, con los ojos abiertos y sentada bajo el mismo molle de aquella vez, contemplo como el atardecer colorea el monocromático paisaje. La nostalgia llega con la noche, momento en que la brisa marina se esparce por la ciudad propagando los sonidos. A lo lejos veo el mar, pero las olas revientan a mi lado, las escucho susurrar la inocencia de una niña... la que he perdido... con la que me he reencontrado.



POBLACIÓN SAN FERNANDO **ERWIN CASTILLO**



Para cruzar el canal pisaba neumáticos
y me rasmillaba con alambres de púas
todo por unos cuantos kilos de papas
junto al Pereira que ahora vende clonazepam
esa tierra nunca salió de mis uñas
el árbol gigante -como le decían- se esfumó.

Los perros galgos se entrenaban por la tarde
y la sierra ahumada se olía desde lejos
¡leche de burra! ¡leche de burra!
quemamos los monos en año nuevo
el fulgor de la llama en cada esquina
mataba las ropas del pasado
rancheras con acordeón y guitarra
se mezclaban con el pito de las doce.

La calle Aconcagua era blanca
mis manos estuvieron blancas
cuando dibujamos la cancha de fútbol
que se transformaba en ramadas los 18
La Suspirito no paraba de pedir cigarros
ni el Pata de Canguro de tomar
peleaba con cualquiera que lo mirara.

Santiago de Chile, 10 de junio del 2022

Querida Plaza Brasil:

Espero que al recibo de esta epístola esté mejor de salud. Me dio por ir a un taller de escritura de Mauricio Redolés, quien nos propuso escribir algo sobre el barrio para hacer memoria. A mí me gustan las cartas, sabes, y por eso te escribo a ti. Me gustan esas cartas que se envían por correo y se demoran mucho o poco en llegar al destino, al corazón.

Plaza Brasil, con esa motivación te hago este relato para que sigamos tejiendo el cariño que nos une hace más de 20 años es mucho tiempo, aunque relativo, yo tengo 55 años de tiempo y no son tantos en verdad. Te escribo solo para recordar el afecto que nos une, intentaré hacer un relato de los hitos que yo he vivido contigo en el barrio, total un poco más un poco menos de palabritas cariñosas no le hacen mal a nadie.

Llegué a este barrio (hoy les dicen territorios, a mí me gusta decirte barrio) hace más de 20 años cuando mi padre quería invertir los pesitos de su indemnización, de su vida laboral en un espacio propio para visitar la capital que tanto le gustaba. Así, entre vuelta y vuelta, compró este departamento que ahora habito yo en comunidad fraternal pero que siempre ha

sido y seguirá siendo del colectivo familiar.

En este barrio hemos vivido cosas lindas, por ejemplo, el casorio de la Chinita con el Rorro vestidos para la ocasión. Como el departamento es pequeño para un tropel de hermanas, cuñados y sobrinos arrendamos un cuarto compartido en el hostel hippie frente al edificio y así dormir más cómodos, dejamos por unos días el departamento a los reales dueños de casa, papá y mamá. Por las noches nos convertíamos en viajeros errantes del hostel de enfrente y disfrutábamos de ese espacio en tránsito, de los sillones grandes, de la mesa de pool y del desayuno buffet. Era divertido sentirse turista frente a tu propia casa.

En este mismo barrio disfruté de las ferias de artesanos, los tianguis de chácharas (me gusta esa palabra náhuatl), mis sobrinitas compraban cositas y eran felices las tardes de verano en casa de las tías, disfrutando de la plaza y comiendo helados, porque verano sin un cono de barquillo no es verano, eso decía el abuelo, cómplice en los helados.

Aquí vimos desplomarse frente al departamento la vieja casona que fuera el hostel del que hablé antes, ese fatídico febrero 2010. Los gringos asustados circulaban desorientados desnudos sin saber que estaba pasando esa madrugada. El departamento de Catedral, salvo dos o tres

tazas no sufrió pérdidas humanas ni materiales. Los que en ese momento estaban en casa se quedaron con la angustia de no ser nadie frente a la voluntad de la naturaleza, de sentirla en el cuerpo, en el alma. La Plaza Brasil fue un lugar de contención y compañía esa madrugada de fin de verano con 8.8 grados en el cuerpo, grados que no fueron de alcohol, sino más bien de remezón tectónico. La plaza contuvo el miedo en sus bancos, en la plaza algo de consuelo encontraron envueltos en frazadas y a medio vestir, esos vecinos.

La plaza fue testigo fiel del más ilustre de mis vecinos, Patricio Bunster. A menudo lo veía andar en una perfecta verticalidad de riguroso negro vestido camino a su destino habitual la academia de danza Espiral. La plaza Brasil ha sido también epicentro de conversaciones con la Fran, con los amigos.

Federica Matta me regaló una sonrisa en la Plaza Brasil cuando se planificó la restauración de los juegos que son un guiño a Chile con sus volcanes y sus formas onduladas de sube y baja. Los colores de la restauración no fueron los deseados por la artista, pero ese gesto nos trajo a la memoria la importancia de las plazas de juegos para niños y la belleza de la adorada plaza Brasil que habita en los corazones de jóvenes, niños, universitarios, adultos y mendigos. Espacio

visitado por tantas generaciones en años de andar y andar.

Siguen hilándose los años como perlas de un rosario urbano y llegamos al día del velorio de una parte de los Schwenke y Nilo en el Galpón Víctor Jara, al ladito del Espiral. Que duro fue ese día lleno de gente que vino para acompañar a Nelson en su último concierto presente solo en el parlantes que reproducían su voz. Fue lindo escuchar a los vecinos tararear sus canciones. Escuchar la voz de Nelson, sus ironías nos pusieron nostálgicos y sureños. Una mala jugada del destino en un cruce de calles con bicicleta y sin caso se llevó a Nelson a otra dimensión.

Sigo recorriendo este derrotero y aterrizo de golpe en la plaza Brasil al día siguiente de la Revuelta Popular del 18 de octubre, con los vecinos, así les digo ahora, antes eran personas que vivían aquí igual que yo. Mirarnos a la cara, autoorganizarnos en cabildos de discusión y de catarsis colectiva post traumática del terremoto emocional de ese 18 de octubre que me llenó el corazón de alegría, la sangre circulando por todo mi cuerpo. Y sobre todo las ganas de cambiarlo todo. En esa organización espontánea tejimos redes de vecinos, nacieron colectivos, agrupaciones y se reactivaron las juntas de vecinales que le dieron otra dinámica al barrio, a mi barrio y a mi corazón. En esa dialéctica espiral

nos cae el Covid-19 en marzo 2020 y hasta ahí nos llega la alegría de la organización, pero las mallas de contención de plata ya estaban tejidas y seguimos organizados virtualmente por Zoom, comenzamos a imaginar un barrio que fuera de todos y para todos. Entre campaña y campaña, desconocidos habitantes se han constituido en grupos de vecinos-amigos que comparten y sueñan un Chile diferente.

Los vecinos de la plaza con una revuelta en el cuerpo, dos años de Covid-19 encerrados y una posible Nueva Constitución, siguen pensando que la mejor pichanga se juega en la plaza con Apruebo o Rechazo y último gol gana.

Como ves, querida plaza, hemos cortado paño y queda mucho paño por cortar aún. Aquí dejo mi cartita para que me respondas cuando puedas, cuando tengas ganas y sobre todo te iré a ver para que nos tomemos un café al caer la tarde.

Cariños infinitos, Jearim.

LA CALLE DEL OLVIDO **RAÚL ESPINA ESPINOZA**



Raúl tiene 64 años, y ha vivido durante toda su vida en la calle Manuel Rodríguez, en una historia que se dibuja como una línea recta y cuyo epílogo no tendrá otro destino que el olvido definitivo. Es el barrio que transitó con los pies descalzos, en una infancia tan pobre como feliz, tan fugaz como persistente, tan oscura como luminosa. Es la calle que vio pasar entre imágenes fragmentadas, en el asiento trasero de la vieja carreta de Sergio- su padre- o a través del polvo que levantaba Carmen- su madre- cuando barría las veredas, buscando encontrar algún sentido al tiempo.

Buín fue siempre para Raúl un pueblo imaginario, que idealizaba, evocando los recuerdos de la casa de adobe donde vivió, del enorme patio donde convivían caballos, perros y los más ilógicos inventos de su padre, gasfiter, maestro chasquilla, dirigente comunista y loco soñador de vocación. Una vieja casa que se emplazaba en el epicentro de una calle adornada por precarias construcciones, donde resaltaba un pequeño canal, que, para sus ojos, siempre fue un caudaloso riachuelo que navegaba a bordo de la artesa de su madre, que para él simbolizaba una poderosa embarcación, capaz de transportarlo a donde quisiera llegar.

Junto a su casa, en una concurrida esquina, se ubicaba un pequeño quiosco que para Raúl era una ventana hacia

mundos desconocidos. Extasiado por la fantasía de las historietas del viejo oeste, se imaginaba recorriendo paisajes áridos, montado en su corcel, atravesando desiertos en búsqueda de justicia. Ese lugar era un escape a una infancia precaria, donde había días que la comida escaseaba y otros en que no podía ir a la escuela a causa de que solo había un par de zapatos para tres hermanos, y al ser el menor, Raúl era el último en la lista.

Pero la pobreza nunca fue un impedimento para que ese muchacho pequeño y delgado disfrutara hasta del más mínimo detalle de su niñez, que se vio interrumpida un día de septiembre, cuando a sus 15 años, la violencia de los misiles y metralletas irrumpieron a la puerta de su casa. Reconocido en el pueblo como ferviente seguidor del Gobierno de Salvador Allende, su papá, Sergio Espina Lobos, fue detenido a las pocas horas de sucedido el golpe militar. Junto a él, los militares también se llevaron a su hermano mayor, Cayetano, mientras que su otro hermano, Belisario, había escapado unos días antes rumbo a Rusia, gracias a una beca para estudiar medicina.

Raúl se libró de ser arrestado, debido a su apariencia infantil. Su madre lo abrazó con firmeza y suplicó a los uniformados que no se lo llevaran. "Es un niño, es un niño", les gritó.

Después de ese día, el barrio se oscureció y el silencio y el miedo se esparcieron por las calles. Su padre y su hermano estuvieron desaparecidos por un par de meses y llevados a diferentes centros de detención, mientras en el barrio, los vecinos les aislaron y discriminaron, y sobrevivieron sólo gracias a la ayuda de María Eugenia, una tía de derecha que aprovechando sus contactos con el régimen militar les llevaba comida, una vez a la semana.

Pero un día soleado, Sergio apareció silbando por la puerta de entrada, y jamás mencionó detalle alguno de sus experiencias en los centros de tortura. Con el tiempo, el barrio volvió a retomar su color, y la gente comenzó a salir de sus casas, aún con el miedo persistente. La familia de Raúl permaneció con una marca imborrable que los hizo, en esencia, deshabitar esa calle que les pertenecía y que sentían como parte de su identidad. Algunos de sus vecinos comenzaron a vender sus viejas casas, que eran demolidas con premura para levantar edificios de concreto y negocios que simbolizaban el progreso económico y el auge del capitalismo, uno de los grandes engaños de la dictadura y su brutalidad.

Raúl decidió ser profesor, un oficio que comenzó a desempeñar desde muy joven, en una escuelita rural en Paine, donde cimentó una vocación por la enseñanza que fue alimentando

con amor y esfuerzo. Fue en esta escuela donde conoció a Katia, una pequeña y bella mujer de cabellos rizados, quien también era profesora, y al poco tiempo se transformó en su compañera. Katia tenía dos hijos de corta edad, y por las precarias condiciones laborales de la docencia, les costó mucho encontrar un lugar para vivir.

Pero el destino decidió que Raúl volviera a su lugar de origen, el cual nunca abandonó por completo. Surgió la oportunidad de comprar una sencilla vivienda en una población para funcionarios de Educación y Salud, emplazada sobre unos antiguos terrenos agrícolas, al final de la misma calle Manuel Rodríguez. En ese hogar, comenzaron a construir la historia de su familia, a unas pocas cuadras de la vieja casa de sus padres, que al poco tiempo fue vendida, demolida y reemplazada por un supermercado.

En las últimas dos décadas Buin ha cambiado por completo, pero hay algo de ese viejo barrio que permanece incólume, una esencia de un pueblo que, pese al ruido y al desastre inmobiliario, mantiene un espíritu calmo y silencioso, como si fuera una fotografía en blanco y negro que aún no se desgasta por completo. Raúl se fuma un cigarrillo y observa el horizonte, afuera de su casa, en esa misma calle que lo vio crecer, y que hoy casi no recuerda. El olvido se ha adueñado

de su mente, y ya no sabe siquiera cuál es su nombre. Pero hay algo que aún reconoce, y lo hace notar en nuestros paseos por la vieja calle de su infancia. "Aquí estaba mi casa", dice con una sonrisa, apuntando al supermercado levantado sobre los escombros de su niñez.



FLOR DE LOTO CAMILO MIRANDA



Cada tarde volvía del colegio
cielos naranjas explotaban como granadas
corrían con la onda de choque
los cuerpos desgarrados de las nubes

La gente atravesaba el recorrido
como balas que rompían cristales de botellas vacías
para perderse en el paisaje informe
y volver a ser tangibles justo
en la entrada/salida del metro
Lo Ovalle

en ese entonces terminal del fierro
y vivero de intercambio de efectivo

peregrinajes de comunas al alba
como cambian los billetes de dueño

El ciego
con su gorro sobrepuesto
y su chaqueta de mezclilla roída en los bordes
ubicado adrede en el ingreso al bar

su pupila diluida trata de adivinar las figuras humanoides
tránsito de sombras
los clientes asiduos buscan descanso en una ronda de

cerveza fría
pasándolo a llevar

Él hace chocar una moneda huérfana
De 5 o 10 pesos
contra las paredes de una taza
celestina

le van sumando money
mientras va cansándose el sol de brillar

el cardumen de salmones metálicos
raspan y rayan
el cielo azuloso de esa taza
que se agrieta
haciéndose vieja como él

Negocios que inauguran y quiebran

Una panadería
que se hizo farmacia
y dejó paso a una moderna
barbería

Una zapatería busca clientes que

Lugar común

Hoy ganás vos

Porque pienso en la casa

La casa de tres patios

El barrio y las esquinas

Y no digo rododendros

Porque eran glicinas

Roberto Robiola

Buenos Aires 1986

-Vivo en un barrio

- ¿En qué barrio señora?

-Centro, centro de Santiago.

- ¡Pero ese no es un barrio!

- ¿Por qué lo dice joven?

-La gente ahí no pertenece...

-Pero permanece si poh.

-No conoce a sus vecinos.

-Conocen, sí que conocen.

- ¿A cuántos conoce Ud.?

-Al que nació en Medellín,

La que volvió del exilio,

Al que huyó de Venezuela,

A la que lleva chador.

Otro trabaja en la vega

Y otro es un doctor.

Al conserje, a las niñas

Del cuarto y el octavo

Que marchan con su Liceo,

A la vecina, la Rosa,

Difícil para escuchar.

Algunos muy cercanos

Otros más del montón.

- ¿Hacen algo todos juntos?

-Vamos a veces a reunión

Si es que alguien prendió fuego

Peligroso en el balcón

O se rompió algún motor.

Pocas veces eso sí.

No es barrio de casas bajas

Hay mucha circulación,

Autos que van y que vienen,

Motos, buses, metro y polución.

Por las calles que transito

Pasa gente de otros lados

Por trámites o reunión.

Cuando era muy niñita viví

En un barrio distinto,

Vecinos de noche en las veredas

Y fiestas de carnaval.
Eso se ha ido perdiendo.
No creo que vuelva más.
- ¿Lo extraña?
-No, a pesar de mi edad
Yo soy una mujer de ahora.
- ¿Cree que el barrio murió?
El barrio siempre estará vivo
Mientras existan cabros como
El Walter, que atiende en el almacén,
Calladito, bien dispuesto,
Ayudó a todos en pandemia,
Solo de amable y buen corazón.
No sé si será suficiente con
Lo que creo yo, no me enredo
Con palabras, escúcheme por favor.
¡Cambia todo cambia! como decía el cantor.
Aunque debo confesarle a fuerza de
Ser sincera, que aún guardo fotos viejas
De aquel que mi barrio fuera.

EN DUELO
Morir y nacer en el centro de
Santiago
XIMENA SEGURA



Nací en una clínica cerca de la Plaza Brasil. La Carolina Freire. Ya no existe.

¡Oigan! traficaron niñas ahí... pero eso es otra historia...

Me acuerdo cuando era chica que -a veces- íbamos caminando a la feria de Martínez de Rosas con mi mamá y subíamos por Maturana y me decía que había nacido ahí, en esa Clínica. La construcción estaba en el fondo del sitio y tenía una Palma Chilena muy grande en el antejardín y una reja, que la diferenciaban mucho de la imagen general de nuestro barrio que era pura fachada continua, con aceras algo estrechas sin árboles y calzadas de adoquines bien chocleros como dicen en la isla que vivo ahora -porque faltaban uno que otro, y a veces, más que un par-. Yo la encontraba lúgubre, con ese antejardín tan descuidado y pensaba que era un lugar poco hospitalario, no me cuadraba la imagen exterior con los pabellones que se veían en la tele, pero igual nacer en el barrio me daba una sensación de mayor pertenencia, mi mamá también había nacido acá cerca, en la casa de la abuela Ana en Maturana con Santa Mónica. Con la renovación urbana que se instauró en los '90 en la comuna (de Santiago), la clínica desapareció -se la tragó Paz Froimovich o quizás otra constructora que modificaron para siempre el skyline de Santiago y el olor también- y pusieron árboles en muchas veredas y también enchularon Concha y Toro con lucecitas

y árboles y una pileta y la bautizaron como la Plaza de la Libertad de Prensa, supuse siempre que es porque está el Círculo de Periodistas de Chile casi al frente. No sé si estaba de antes, pero sí que estaba la sede del Partido Socialista en la otra esquina.

Siempre me pregunté qué habría pasado con la Palma Chilena porque si algo amaba mi abuela eran las plantas y por ella sabía que estaban protegidas. Y, por supuesto, a ella también le gustaba mucho el barrio.

Mi abuela llegó a Avenida Brasil entre San Pablo y Rosas el año 1926, a los 14 años desde el plan de Valparaíso, con un baúl de su abuela que yo conservo en mi casa de Isla Robinson Crusoe, cuando me fui a vivir al Archipiélago Juan Fernández. En esa época mi abuela se enamoró del Barrio y luego se casó y enviudó bastante joven, entonces volvió al Barrio. Como viuda con hijes, se las rebuscó y vivió en piezas y luego compró una casita en un cité en Santo Domingo (que a fines de los '90 fue bien famoso porque vendían drogas y lo bautizaron "El Cité de la Droga") y el año 1962, compraron el departamento frente a la Preciosa Sangre.

Además de las plantas, a mi abuela siempre le gustaron mucho los animales y siempre tuvo perros y gatos. Ahí, en el

departamento de Compañía, tenía al Paco y al gato Pepe. Así que mi mamá llevaba siempre al Paco a la Plaza para juntarse con sus amigos y le decían la niña del perro. Yo me acuerdo cuando murió el Paco: mi abuela compró afines de los 70 la casa de Maturana, donde yo crecí y ahí murió él, a los 17 años (¡un montón de años en años de perro!). Esa fue la primera muerte que me tocó vivir. Luego, me tocó la muerte de varias mascotas el gato Pepe un par de años después, y la del Felipe (que era el gato de mi mamá desde antes que yo llegara a este mundo). El Paco está enterrado en la Plaza, entre tres árboles y el Pepe, también, casi al frente al Espiral, y el Felipe, acá en los jardines del Parque Agustinas. Me acuerdo en particular de cuando murió el papá de mi mamá, el año 1989, porque mi abuela brindó a su salud y porque fue el año que botaron el Muro de Berlín y como que se sentía que cambió el mundo, todo se puso más en colores, en Chile se hablaba de democracia y también comenzaron las demoliciones y las construcciones en altura acá en el Barrio.

Una tarde de invierno de mediados de los '90 fui a comprar pan a la Rotisería de don Benito, donde compré el pan a diario desde los 10 años, antes de alcanzar el mostrador: él y el Chanano (que aún trabaja en la Carnicería que ahora es un Minimarket), se acordaban siempre de eso y me lo decían cada vez que iba, yo nunca olvidaré el timbre de "Pagado"

que le ponían al vale porque era como en CinemaScope. Iba caminando por Moneda y habían cortado el tránsito en Maturana. Obvio que fui a ver qué había pasado: una micro había atropellado a una viejita. Cuando me acerqué se hablaba de que quién era, donde vivía y de la gran cantidad de gente y tránsito que había estado ocurriendo en los últimos años en el barrio y de la necesidad de un semáforo (que hoy existe) y en un momento una mujer comenzó a rezar y se unieron casi todas las que estaban ahí. No sé si ocurrió, pero solo recuerdo los rezos y ningún ruido más, como si la ciudad y el barrio se hubieran convertido en un templo y donde se despedía a una vecina, que, aunque anónima para muchos, merecía ese último instante de recogimiento y de comunidad. Recuerdo ese momento a menudo cuando paso por ahí y pienso en la vejez, sus soledades y en los cambios de la ciudad.

Y el tiempo pasó y entré a la universidad y llegó mi hija el 2002. La Magda, al igual que su madre y su abuela, aprendió a caminar en la Plaza Brasil. Fuimos al mismo jardín infantil y la llevé casi todos los días a la Plaza. Cuando yo era chica la Plaza tenía unos refalines súper altos, metálicos. Me acuerdo de que el más alto me daba susto igual y tengo el recuerdo de que en algún momento se rompieron y ya no te podías tirar sin hacerte daño. Los balancines también eran enormes

¡Y en esos sí que no me subía ni cagando! No faltaba el cabro chico que te dejaba arriba, así que jugar ahí no me causaba ningún interés. Me acuerdo de que los veranos había niños que se bañaban en la pileta, lo que me daba una sana envidia, porque nunca me dejaron hacer algo así... creo que una vez mi papá me dejó meter las patitas, pero no estoy tan segura (donde sí me dejaron, fue en los chorros de Ahumada). Y en los '90, junto con las demoliciones, grúas y otros, también le tocó a la Plaza y construyeron los juegos infantiles de la Federica Matta que son de los más lindos que he visto en mi vida. Me tiré del que es como un volcán como a los 20 una vez carreteando con el papá de la Magda, porque cuando los inauguraron yo no estaba en edad ya para andar subiéndome a los juegos (tonteras de la adolescencia), con excepción de los columpios a los que me subo hasta el día de hoy. Así que la Magda tuvo la suerte de jugar mucho en ellos y en los "nuevos" de esa época que son unos de plástico que están en todo Chile (y el mundo, supongo).

Un día mi abuela se puso viejita... Viejita, viejita, viejita. Tanto, que se ponía a cocinar en la madrugada o se le perdía la guagua, porque se confundía con las sillas y juguetes de la Magda, a la que no reconocía como su guagua. A mí nunca me desconoció. Nos amábamos con esa complicidad que uno solo puede tener con las abuelas.

Y un día no despertó más.

Nos fuimos de Santiago con la Magda y habitamos en otros barrios, pero siempre con una pata en éste. Bueno, mi permiso de circulación siempre lo he pagado en Santiago. De hecho, siempre he sido santiaguina, con residencia en... Ni casándome con un isleño, ni viviendo en la Isla Robinson Crusoe por más de una década, he dejado de serlo.

Han muerto mi madre y mi tío Vicente recientemente, por lo que me he reincorporado a la vida del barrio. Estas calles, aunque cambiadas, me transportan no solo a mi propia memoria, sino que también a la de mi abuela, de mi madre, de mis tíos.

A veces no recuerdo lo que había donde hoy hay construcciones nuevas. Las más de las veces, me cruzo con gente que no conozco. Afortunadamente algunos locales o puestos tienen caras de siempre, siempre es bueno ver gente conocida, yo creo. Me hace sentir menos anomia.

HÍPER AL PONIENTE NICOLÁS VILLAVICENCIO TEJO



A mis 13 años, la semana partía con un largo viaje hacia la escuela. Entré al Internado Nacional Barros Arana (pito copete y jarana, somos del Barros Arana, decía el grito alternativo del INBA) el año 1996. Precisamente, internado de lunes a viernes. El colegio con 7 hectáreas de tamaño físico y casi 100 años de historia, ubicado en calle Santo Domingo esquina Matucana. Desde esta arteria hacia el oriente, comienza el centro de Santiago de manera oficial. La quinta normal ejerce como límite opulento. Verde pulmón y desolado paseo. Fuimos varias veces a la piscina de la quinta a clases de educación física. Las reales clases de educación física, con calentamientos eternos, serie de ejercicios cronometrados y un profesor rígido con bastantes problemas de alcohol. Posteriormente, práctica de básquetbol obligatoria, ya que era el deporte oficial del Internado. Posterior a esto, los más futboleros iban a la cancha enterrada y pateaban las duras pelotas heredadas del año 95' hacia atrás, que se parchaban y cosían cada vez que se arruinaban.

La rutina partía en Pudahuel. Los lunes a las 06:30 am. El poniente real. La herencia de campo y vivienda. El costado trasero de la ciudad, en obligado avistamiento costero. Llegamos con mi familia el año 93' a la Villa Real, ubicada en el 7 de Pajaritos cuando era Maipú. Al año siguiente, la circunscripción geográfica nos pasó a la municipalidad de

Pudahuel, quedando encajonados al oriente con Estación Central, al sur con Maipú y al norte con Lo Prado. Vivir en un límite comunal es a veces, confuso, pero crea las condiciones para aventurar la adolescencia. Calle Las torres, incandescente por la alta tensión de sus cables. Los fines de semana, la villa de casas iguales, tejas rojas coloniales, se plantaba como el "buen pasar" de los años noventa. Se estaban generando los primeros centros comerciales con inauguraciones rimbombantes.

Hasta el año 96', era un sector atiborrado de locomoción colectiva. Alrededor de 5 líneas de micros con 25 máquinas cada una. Con mi hermana salíamos en bicicleta y en calle Marta Brunet, la villa terminaba y colindaba con un sitio eriazos que hacía de límite (otro más) con la escuela de equitación de carabineros. Seguíamos por calle Las Torres hacia el norte. Mi abuelo materno tiene su colegio de enseñanza básica en Lo Prado, en la misma calle Las torres, pero en esa época, topaba con la ruta 68 a Valparaíso y no existían las pasarelas. Había un par de puentes, pero en Pudahuel, lo que implicaba un desplazamiento mayor y el riesgo de ser aprehendidos por mi madre.

Nos devolvíamos hacia el sur. Franqueábamos la Villa Real y aparecía un parque. Áreas verdes, mucha gente haciendo deporte, pero con las torres de alta tensión

masacrando la actividad dominical con su incesante ruido y electromagnetismo. Seguíamos hacia Maipú. Aquí el cuadro cambia. Aparecen las alamedas de calle Pajaritos. Ese toque campestre que aún mantiene la comuna, pero esta vez, con el marco de las constructoras generando los primeros villorrios de la época. Si nosotros teníamos cantidad considerable de locomoción, lo que Pajaritos entregaba era un mar insufrible de ruido y humo. Amarillo y con todos los destinos posibles en la región metropolitana. Estábamos nosotros, en la entrada del poniente más duro. Los que vivían en Melipilla, o Maipú, sector El Abrazo, inclusive hasta la misma plaza de Maipú, si estaban en el corazón del oeste.

Los años anteriores a la llegada a la villa, estuvimos entre Quinta Normal y Lo Prado. Mis abuelos paternos cerca del metro San Pablo, fundan el bar y restaurant, Sin Envidia, nombre que, según mi abuela, estaba creado a partir de las rivalidades vecinales del sector con su emprendimiento y la capacidad infalible de criar 7 hijos mientras revolvió ollas, embidonaba vinos y cacheteaba viejos ebrios.

Al restorán llegó un día, el Chute Alberto. El mismo de la cueca. Osó a entrar con caballo y todo, siendo persuadido por mi abuelo que, según contaba el mismo, no se paró de su silla y simuló tener un arma de fuego. Al poco tiempo, el

Chute fue encontrado muerto en el canal del sector.

Cuando Pudahuel, Lo Prado y Cerro Navía eran una unidad territorial, se llamaba Barrancas. Mi papá y mis tíos, en su inscripción de nacimiento y carnet de identidad, aparece Barrancas. Como la estación del metro línea 5 en calle General Bonilla esquina Tte. Cruz. límite comunal entre Pudahuel y Lo Prado.

Este poniente más antiguo posee un desgarro propio. Un matiz histórico de la migración campo-ciudad. Más al norte, en Pudahuel, aparece la calle San Pablo que determinaba el viaje hacia Valparaíso en las épocas coloniales. Esos viajes dejaron almacenes, picadas y quintas de recreo. Inclusive se veían algunos teatros. Cuando hablo del desgarro, me refiero a una suerte de tristeza que sucumbe a los viejos habitantes del sector. Como si una historia pujante hubiese quedado estancada o ahogada en alcohol. Alguna vez, mi abuelo juntó pipas de vino y chicha, adquiridas cerca de Noviciado, atrás del actual Aeropuerto SCL de Pudahuel (donde trabajé casi un año y pasé el terremoto del 2010). Yo leo una expiación en el poniente Barranquino. Ese dolor inexacto o inconcluso de familias de poca educación, pero con un fervor a surgir y levantar a los suyos. Y digo inexacto, porque no tengo claridad de un hecho que me confirme esta teoría. Solo la sensación familiar y vecinal de que se pudo hacer más. De

que se debió tomar menos.

El viaje al INBA partía en Pudahuel. Recorría todo Pudahuel sur por la calle Laguna Sur hacia la salida en Américo Vespucio. La micro que tomaba era la número 616. Así es. La misma que me llevó al estadio Nacional a ver a la U de Chile con River Plate por la Libertadores cuando saltábamos con mis compañeros del internado por el muro hacia, justamente, la calle San Pablo. El trayecto para llegar al colegio los días lunes era de aproximadamente una hora. El bus atestado de gente y escolares. Yo iba siempre cómodamente sentado, ya que cortaba el primer boleto en la garita del recorrido detrás de mi casa.

Los viernes salíamos del internado a las 11:30 am, si es que nuestro comportamiento durante la semana era el adecuado. Si teníamos alguna desavenencia en la rutina colegial, nos liberaban a las 14 horas.

Salíamos del colegio y caminábamos rumbo al barrio Brasil donde comprábamos pitos a los estudiantes de la recién fundada ARCIS Huérfanos. Posterior a eso, paseos eternos entre los pisos del Eurocentro y la Feria del Disco de Ahumada. 15 horas el hambre era irremediable y había que volver al fin a casa, en mi caso, al 7 de pajaritos.

El año 2003, entré a estudiar sociología. Nuevamente vuelvo al Santiago centro poniente.

Desde mi poniente. En calle Libertad 53, esquina Erasmo Escala. La ex fundición Libertad de la familia K pfer se transforma en un reducto universitario. Y el barrio Yungay en mi casa durante 3 años.

Mi barrio me ha sido todos estos lugares. Para mí el poniente, es una unidad. Como lo fue Barrancas para mis padres en los años 50's y 60's. Quedan chacras en calle Pajaritos y algunas quintas de recreo en Lo Prado. Tampoco olvido los gritones ensayos del Gran Circo Teatro en los ex Galpones de Matucana, actual Matucana 100, mientras cursaba el 2do medio. Volv  20 años después cuando por primera vez dirigí una obra de artes escénicas. No me suelta el poniente. Y sigo por estos lados.

MIS BARRIOS DE MEMORIA *FRANCOISE WERTHEIMER*



BARRIO YUNGAY **Santiago 2022**

No quiero olvido
exijo memoria
una huella de adoquines
reconstituye otros pasos
tantas historias en tus parlantes muros
las calles de mi barrio me interpelan
en la tinta de mi lápiz con que escribo
se dibujan los rostros
de los que aquí estuvieron
mi barrio es una gran galería
ecléctica de estilos, tiempos y clases
con el devenir la descubro
en esta década de viajes
por sus plazas y pasajes

La memoria de mi barrio
Respira entrecortada
por los pasadizos de la muerte
ella anduvo agazapada
muchas lunas atrás
cuenta
vio caer a Jécar, Óscar, Arnaldo

desaparecer a Bautista, Patricio
y podría continuar hilando nombres
de los que aquí se quedaron para siempre
La memoria de mi barrio
Re escribe
hila y teje
resiliente pulsa y avanza
se transforma
mas no muere

AVENIDA ARGENTINA **VALDIVIA 1986**

Mi barrio de los ochenta era escenario
de continuas catarsis colectivas
anónimos agitadores
otros no tanto
que en desigual contienda
hicieron frente
a los oscuros tiempos del espanto
Este barrio dividido
por una larga avenida
exudaba espíritu arrabalero
ciertos días de esos días
vecinas y vecinos reunidos

en rebeldes gritos hermanados
Era en la neblina
del austral invierno
el baile colectivo
parapetados tras
ígneas flores de caucho
atesoradas
hasta el día del despojo
pero antes de aquello
hubo muchas danzas
y muchos cantos
a lo lejos se escuchaba...
...y va a caer!!
en un bis interminable
cómo si articularlo con vehemencia
fuera a materializar el deseo irrenunciable
Años después
y negociaciones mediante
las oscuras décadas mutaron a grises
quedaron las lecciones de ese tiempo
que hicieron posible
salvar la esperanza y la sonrisa
a todo evento

SIN TÍTULO JUAN ÁGUILA



El ruido del agua sobre la calle
podría ser el pegamento necesario,
ahora, ese mismo ruido, sobre zinc.
Repetir el ejercicio en una persona,
notar como el ruido absorbe todo,
y que el goce puede cambiar a tristeza
dependiendo del punto de caída.

Ensayo y error de líquido cayendo
sobre una variedad de superficies.

Agua horadando hasta la piedra.

Hay un brillo oropel en el pavimento
una sensación de abrigo y de proximidad:
llegar al hogar formado, secar la piel
mientras se contempla la lluvia tras el cristal
como un vhs visto demasiadas veces.
Poner a hervir agua para adquirir ese calor,
sentarse a escribir sobre cualquier tema
hasta hacerlo propio, digamos, por ejemplo,
lo que nos hace sentir la lluvia, o como
los procesos físicos del agua forman un ciclo, o el estar en
esta casa en vez de en el vacío.

fluido que cae /
vasos comunicantes /
vapor y calor

intentar escapar de los motivos verdaderos:
Que me siento solo, que no me sostengo,
y que el sonido anodino de las gotas
sobre estas filas y filas de fachadas continuas
me ponen terriblemente triste.

(No importa)

.....

Aun a los pobres nos queda nuestra parte de riqueza
Y es el olor de los limones

(Parafraseo a E. Montale)

En una enormidad de vacío, vado:
unas láminas de polipropileno
enmascaran trazos y arman una casa.
Un segundo de tizas y plumadas,
enjambres de pieles sobre pieles,
el ladrillo - amor - el pegamento: Agua
(Recuerda: el agua siempre porta vida).

Puse esquilas del bosque en tu techo,
las piedras - trozos de antiguos gigantes-
son una ofrenda a tu existencia.
Entre el ahora y el mientras tanto
planta - hija mía - un atado de nomeolvides
para nuestro espacio.



LA RUCIA MAURICIO DÍAZ



¿Me preguntas por el año, en que ocurrieron los hechos?, podría ser 1981, primavera, cerca del verano, a eso de las cinco de la tarde, cuando regresábamos a nuestras respectivas casas con el Cristian. Caminábamos rápido, por una tranquila y silenciosa calle Santo Domingo, en ese tiempo no circulaban tantos autos, rumbo a Cueto, justo entre García Reyes y Cueto, de la nada, un sujeto de pelo corto, de vestir semiformal, delgado, estatura mediana, nos ordena con tono marcial: ¡deténganse! ...al girar, vemos que tiene una pistola en la mano, nos apunta y ordena: ¡al suelo, las manos en la nuca!

Intentamos, con voz temerosa, hacerle ver que no habíamos hecho nada, que no entendíamos qué pasaba, pero el tipo se veía decidido, como si en cualquier momento nos podía disparar, así que optamos por hacer caso, en silencio, nos echamos en el suelo de guata, con las manos en la nuca ... el sujeto vociferaba, con el típico tono de quien intenta disimular su ebriedez: "ustedes, los extremistas, que quieren destruir nuestro país, ustedes los extremistas que creen que derrotarán a mi General, hueones soñadores, los tenemos identificados, sabemos de sus pasos, sabemos de La Rucia, les daremos un golpe y sabrán de nuestra mano dura, limpiaremos este barrio del extremismo, La Rucia está identificaba, sabemos de esa puta extremista, sabemos de

los extremistas que están con ella, caerán como ratas. En eso, por la vereda del frente, pasa el guatón Carrasco, nos mira cómo no creyendo lo que ve y se escucha fuerte su risa burlona, como si estuviéramos en una situación vergonzosa en el colegio, entonces el sujeto de pelo corto se gira hacia él, apuntándolo y le ordena ponerse a nuestro lado, en el suelo, con las manos en la nuca. El guatón Carrasco ya no ríe, está cagado de miedo, algo balbucea, pero no logro entenderle, ha caído en las manos del más prominente caza extremistas de la Calle Santo Domingo, el tipo sigue con su verborrea delirante, vuelve a nombrar a La Rucia, pero esta vez, es interrumpido súbitamente por la aparición de un solitario auto que frena bruscamente, se abren sus puertas y descienden tres tipos.

El sujeto de pelo corto ya no vocifera, logro ver que cruza la calle y se une a los tres tipos, intercambian palabras, su tono de voz es otro, ahora apenas se le escucha, debe estar hablando con un jefe, pienso para mí, no logro escuchar lo que hablan, quiero mirarlos sin que se den cuenta que les miro, temo que estos tipos nos disparen. Entonces, uno de los tres, cruza la calle hacia nosotros y nos habla..." ya cabros hueones, tienen diez segundos para salir de acá o les dispararemos...a correr mierda ¡Nos pusimos de pie como impulsados por un resorte, y corrí como nunca había corrido,

el guatón Carrasco hacia García Reyes, Cristian y yo, hacia Cueto, doblamos la esquina como si de ello dependiera la vida, sin mirar para atrás ni para el lado, ... ¡La vida estaba en juego!

Una vez en casa, ingreso al comedor y allí está mi madre con una clienta, ajustando detalles de un vestido que le mandó a confeccionar, las saludo recuperando el aire, y mi madre con cara de preocupada me pregunta: - ¿Qué pasa? ¡Tienes una cara!... - Con un hablar algo agitado, le cuento lo que me acaba de pasar, apenas hablo de La Rucia, la clienta, que me miraba con atención respetuosa pasa a mirarme como si informara algo muy grave, se me acerca y me pregunta: - ¿Qué más dijo de La Rucia? ...entonces volví a decir lo que ya había dicho, que no era mucho, pero, al parecer, era algo muy importante, al terminar de hablar, me pone su mano derecha sobre mi hombro y me agradece afectuosamente, como si le hubiera revelado información de vida o muerte. Tomó sus pertenencias, y, al salir, en compañía de mi madre, se volvió hacia mí, y me hizo un cariño en la cabeza, - ¡Muchas gracias! ¡Lo que has contado es muy importante! -. Mi madre sonreía, abrió las puertas y salió con ella a la vereda, miré por la ventana, hablaban y se despidieron con un cariñoso abrazo. Al regresar al comedor, donde me encontraba, mi mamá me miró y me dijo: -Parece que La Rucia era

importante, tal vez le salvaste la vida... Yo asentí con la cabeza. Nunca más volvió esa clienta, siempre fantaseé en conocer a La Rucia, esa mujer que el hombre de pelo corto, y sus colegas, tenían en la mira...las preguntas en mi cabeza eran las obvias: ¿Habrás eludido la trampa que el cazador de extremistas de la calle Santo Domingo le tenía preparada a ella, la peligrosa extremista conocida como La Rucia, y sus compañeros de causa? ¿Estará anciana y satisfecha, en algún lugar agradable, rodeada de sus seres queridos, recordando, con indisimulada satisfacción, sus peripecias subversivas en el barrio Yungay?